

## Presentación de “LA CENA DEL SEÑOR. Catequesis mistagógica para los pequeños” de Marcelino Legido.

El Concilio Vaticano II, que tanta luz nos ha dado y seguirá ofreciendo a la Iglesia en su peregrinación por este milenio, realza la Eucaristía de una manera admirable. Todo es fruto y continuación del ahondamiento en las fuentes bíblicas, litúrgicas, patrísticas, sacramentales, teológicas y espirituales de los años previos al Concilio y de los estudios posteriores. ¡Qué riqueza! Pocas etapas de la historia de la Iglesia la han tenido en tanta abundancia. Marcelino decía con convicción que teníamos ahora la gracia de poder celebrar la Eucaristía mejor en veinte siglos.

De la Eucaristía, de la Cena del Señor, de la Misa, de la Fracción del Pan, el Concilio formula que es “fuente y culmen de la vida cristiana” (LG 11); “centro y raíz de la vida del presbítero y de la comunidad cristiana” (PO 14; ChD 30); “fuente y culmen de toda la evangelización” (SC 10; PO 5.6). Desde estas formulaciones el discurrir de la Iglesia se ha enriquecido en la vida espiritual, comunitaria y apostólica de una manera extraordinaria. Y, gracias a Dios, son muchos los estudios exegéticos, teológicos, pastorales y litúrgicos, que se han publicado para ayudar a entender y considerar a este Misterio de la Fe, como “centro”, “fuente”, “punto de arranque y término”, y “culmen” de la vida y misión de la Iglesia.

Hay palabras como éstas, que vemos, por lo tanto, escritas en estudios teológicos, pastorales y espirituales; pero también las vemos hechas existencia en los santos que, al decir de Marcelino, con sus vidas son la mejor exégesis del Nuevo Testamento, porque reflejan vivamente esas formulaciones conciliares. Y es lo que le ocurría a él. Al ver a Marcelino prepararse para la eucaristía, celebrarla, y acogerla posteriormente en un silencio profundo para pasar a las tareas evangelizadoras, contemplabas con tus propios ojos la realización de que ciertamente este Misterio de fe, es el “centro” de la vida cristiana y del ministerio apostólico. Así lo confirma el joven teólogo salmantino Ángel Cordovilla: *“Quien haya convivido alguna temporada con Marcelino en sus comunidades sabrá lo importante que era para él la celebración de la eucaristía en sus tres momentos fundamentales: el mimo y el cuidado que dedicaba a su preparación; la hondura y simplicidad, a la vez, en su celebración; y la veracidad y seriedad de su acogida en su prolongación en la alabanza cotidiana y los caminos de la misión. Y era absolutamente igual que en esa celebración hubiera dos personas o cinco mil. Marcelino siempre celebraba con la conciencia de que allí acontecía la única entrega de Cristo, unida a la Iglesia entera, para la salvación del mundo”*<sup>1</sup>.

Marcelino Legido escribe este “comentario” sobre la Eucaristía que ahora aquí presentamos, en un momento clave de su vida. Por un nuevo episodio de depresión psíquica deja, después de 25 años, El Cubo de D. Sancho y aquellas parroquias por las que caminaba. Se recupera con sus hermanos Beatriz y Epifanio. La propuesta que en sus últimos años del Campo Charro había planteado sobre la Iniciación cristiana, no es entendida por los responsables de la Diócesis, ni por las mismas comunidades. Y prefiere “romper-se” él antes que mostrar la más mínima objeción a la Iglesia, evitando, además, cualquier gesto que pueda parecerse a un “portazo” agresivo del “pastor lleno de dulzura y misericordia” que hacía camino en medio de las comunidades. El texto al que le da vueltas en su recuperación es el llamado Getsemaní del evangelio de San Juan: Jn 12,23-28. A todos los que lo visitábamos nos preguntaba, siempre en un gesto de amor exquisito y silencioso a la Iglesia, cómo entendíamos nosotros esas palabras. Y cualquier respuesta la acogía y le servía de abandono y consuelo, en aquellas noches abismales de los sentidos y del espíritu en que le sumían sus estados depresivos.

Cuando se recupera, es enviado al Monasterio de MM. Benedictinas, en Alba de Tormes (Salamanca), sin nombramiento alguno, ¡ni siquiera de Capellán!, para “que sea lámpara del Santísimo”, decía él sonriendo, aunque con signos evidentes de ser claramente aparcado. Suplica

---

<sup>1</sup> Ángel Cordovilla Pérez, “La primacía de la gracia”, en AAVV., El Esplendor de la Misericordia, Secretariado Trinitario, Salamanca 2018, p 173.

un pueblo para llevar una vida apostólica y se le dice que ayude en Torrejón de Alba, una pedanía muy pequeña a cinco kilómetros del Monasterio. A esta comunidad, de manera manuscrita, les regala el comentario que hoy publicamos y transcribimos. Es un canto hermoso, denso y exhaustivo a la Eucaristía que ofrece a todos, presentándolo como una “Catequesis mistagógica para los pequeños”.

Esta “lámpara del santísimo”, que es Marcelino, escribe ahora con los pies descalzos, las manos abiertas, el corazón desbordado de ternura, la morada anclada en la Liturgia eucarística Benedictina y teniendo presente los caminos de Angola, con los ojos fijos en las comunidades más escondidas del África profunda, de las que conocía su vida como nadie. Es un comentario, pues, de teología apostólica. Deja traslucir: lo mejor de la teología bíblica que conoce admirablemente, una inserción a fondo en la Iglesia de silencio y de marginalidad, una vida diaria que bebe de la oración “sub umbra crucis” y de la Liturgia, el recorrido a pie cada domingo a Torrejón para celebrar la Eucaristía, el peso de amor y cercanía a los más pobres, y la mirada puesta en los confines de la Tierra. Es su mejor explicación del camino que el Señor ha hecho con él en el Campo Charro, ¡durante 25 años!, y del que fue “invitado” a desprenderse. Y no se lo enseña a nadie; solo a los pobres y a las orantes benedictinas. Lo hemos encontrado en sus carpetas, donde lo tenía guardado. Esta “existencia eucarística” de Marcelino, tan silenciosa y llena de amor a la Iglesia, le lleva a lo que siempre pidió como gracia al Señor: el poder vivir la gratuidad, desde la ultimidad y la vulnerabilidad, para alcanzar la universalidad.

No podemos olvidar que este comentario, además de su enclave espiritual y apostólico, se inserta también en un contexto antropológico, comunitario y cósmico. Marcelino no está fuera del mundo, sino que “*corre delante del mundo*”: con esta expresión explicaba él lo que era la “fuga mundi” de la que en ocasiones se le acusó. Su exégesis se inscribe en la corriente histórico-salvífica, desde una comprensión escatológica de la cristología, que ilumina el cosmos y la historia, para sembrar en ellos gérmenes de nueva creación. Es una gran aportación suya que los folios transcritos también nos revelan<sup>2</sup>.

Como quería buscar el último lugar y seguir a Jesús siendo pobre como Él, ha “olvidado” ya su vieja máquina de escribir (la envió al Seminario de Malange, en Angola, junto a su extensa y rica Biblioteca<sup>3</sup>) y redacta este comentario a mano, en sencillos folios, que distribuye fotocopiados a los hermanos de Torrejón y comparte con las MM. Benedictinas. Así, con sabiduría sencilla, escribe lo que ha orado y ha estudiado, lo que camina y ha caminado, lo que contempla y principalmente ha contemplado, y lo que apasionadamente vive. A mano, en tinta, en folios que regala y explica a los humildes y sencillos como nadie. Por ello, no esperemos un documento acabado, perfilado, revisado en varias redacciones, pasado por las pruebas de corrección de lectores previos, con índices rigurosos, y plenamente estructurado. Es sencillamente lo que un apóstol, teólogo y místico como es él, escribe desde la oración y el camino: “*¿Que pueden ser los papeles de las tiendas de campaña de los apóstoles, sino un pequeño resplandor que anuncia el día, deja pasar el sol y desaparece?*”<sup>4</sup>. Dejamos para los futuros estudiosos de su obra, que rescaten sus luminosas intuiciones bíblicas y espirituales, sus grandes aportaciones teológicas, y los caminos apostólicos que sugiere. Baste, por ahora, “catalogarlo” como un canto de alabanza al Señor de la Gloria, que se nos da en su Cuerpo y su Sangre, en el Misterio de la Eucaristía.

*José Vicente Gómez y Tomás Durán Sánchez.  
Sacerdotes diocesanos de Salamanca.  
12 de junio de 2024.*

---

<sup>2</sup> Cf. Marcelino Legido, Presentación de la edición castellana en Georg Eichholz, El Evangelio de Pablo, esbozo de la teología paulina. Sígueme, Salamanca 1977, pp. 9-26.

<sup>3</sup> Es un gesto más de su pasión por “evangelizar a los pobres” del que hablaremos en su momento.

<sup>4</sup> Cf. Marcelino Legido, *Misericordia entrañable*. Sígueme, Salamanca 1987, pág. 12,